

# Paramio, la izquierda: diez años después

Ricardo Becerra

**E**n una reseña teatral dedicada a Italo Calvino<sup>1</sup>, encontramos una imagen muy útil, parábola cercana a la que escenificó la izquierda

latinoamericana en las últimas dos décadas del siglo. Una función con sus actores, que manejan un guión y lo hacen con soltura, saben a la perfección los diálogos, la trama, el desempeño global de la obra, encajan y se han adaptado a ella. Sin embargo, el escenario comienza a cambiar de manera acelerada, se modifica drásticamente hasta volverse irreconocible. Es otro ambiente, otro montaje, otra época, pero los protagonistas no saben cómo actuar en él, desconocen el guión, conservan el viejo vestuario y no atinan más que a repetir su viejo, sabido y querido libreto.

Ludolfo Paramio:

***Tras el diluvio***,

Siglo XXI, Madrid, 1989.

En el mundo del teatro eso sería cómico o ridículo; en el mundo real, en el de los «actores sociales», es simplemente trágico: algo así pasó con sectores muy importantes de la izquierda en Latinoamérica. La comparación no es abusiva; hubo momentos en que llegó a ser estrictamente gráfica; recuerdan la narración de Teodoro Petkoff, a propósito de la izquierda en Venezuela en su libro *Juicio a la izquierda?* Militantes que querían reconvertirse a la democracia, a los partidos, pero que asistían a las campañas, los consejos, órganos electorales y comicios con la añeja indumentaria guerrillera (boinas, trajes verde olivo, botas) utilizada como señal de identidad hacia un mundo que en el fondo, no creían o no querían abandonar.

---

RICARDO BECERRA: economista de la Universidad Nacional Autónoma de México; fue consultor de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe-Cepal; asesor de la presidencia del Instituto Federal Electoral, México.

Así pues, durante el último cuarto de siglo, la izquierda en el mundo se enfrentó a un verdadero cambio de época, una mutación todavía más profunda que un mero cambio escenográfico. La economía dejó de funcionar igual, se multiplicaron sus conexiones con el mundo y las sociedades se modernizaron aceleradamente. Los Estados perdieron sus instrumentos tradicionales de acción. Las recetas utilizadas hasta entonces dejaron de surtir efecto. El cambio exigía algo más que un ajuste cosmético o coyuntural. Había que hacer una revisión del programa y la herencia ideológica y política. Se trataba (se trata) de una operación extremadamente difícil: sacar cuentas con el patrimonio teórico, con los gurús, discursos y sobre todo, con los intereses y bases sociales que representaban.

Desde los años 70 se configuró una realidad que resultaba inabarcable para los conceptos de la izquierda: la crisis no tenía salida por el lado de la demanda, los niveles de gasto público eran insostenibles, la productividad social promedio era insuficiente para relanzar el crecimiento y la inversión extranjera resultaba más necesaria que nunca. Por su parte, la democracia se convirtió en una necesidad crucial, ya no una estación de paso (que se puede aprovechar mientras maduran las «condiciones revolucionarias») ni tampoco una imposición de la clase dominante: se convirtió en reclamo social, cultural, de muchas fuerzas nacionales y también, exigencia internacional.

Y lo peor: muchos de los intereses y de las demandas tradicionales de la izquierda perdieron alcance y significado colectivo y quedaron reducidos a simples reivindicaciones aisladas o corporativas. Cuando eran necesarias políticas contra el desempleo la bandera esgrimida era la de antes: simplemente asegurar a los que ya estaban empleados; cuando había que reconocer que la austeridad era inevitable (por el hecho monumental de que no había recursos), la bandera al uso era oponerse a toda forma de austeridad. Santiguarse contra los organismos financieros internacionales en lugar de proponer fórmulas de austeridad y ajuste en el cual el costo social global fuera pagado sin alteración regresiva en la distribución de la riqueza.

La izquierda en nuestra latitud no había aprendido de las lecciones francesas o españolas: las recetas para enfrentar los desafíos económicos y sociales de los años 90 no estaban listas en ningún lugar que dejamos atrás. Había que inventarlas y con ellas, reinventar al socialismo mismo.

En una nuez, este era el mensaje de Ludolfo Paramio a la izquierda de habla hispana: una parte del diagnóstico neoliberal no estaba del todo equivocado. La creciente ineficiencia de las estructuras del Estado, las

deformaciones parasitarias que se cultivaron merced a los arreglos corporativos, la necesidad de relanzar la productividad social, eran problemas en los 80, en los 90 y lo siguen siendo hoy. El punto es cómo eliminarlas sin renunciar a satisfacer las necesidades colectivas, sin dejar a la intemperie y en la mitad del ajuste, a millones de seres humanos.

La lección esencial de *Tras el diluvio* es esta: no tiene ningún sentido mantener la fidelidad a unos principios y a unos programas si no se aprende a cambiar la forma en que se intenta defenderlos y llevarlos a la práctica. Antes de la caída del muro de Berlín, antes de que fuera evidente la quiebra del experimento del socialismo real, de ese asfixiante ensayo igualitarista, Paramio hacía su llamado urgente: «No tiene ningún sentido afirmar que se sigue defendiendo la libertad, un mejor reparto de la riqueza, la solidaridad o la igualdad, si se pretende seguirlos defendiendo por vías que han conducido a la derrota o al fracaso».

Y la argumentación que presentaba Paramio no era superficial: se trataba de una revisión cuidadosa, punto por punto, de la cultura política de la izquierda latina. Ajustó cuentas con la interpretación económica de la crisis; con las reivindicaciones de los movimientos obreros; con la filosofía y la teoría de la historia marxista hasta los años 80; diseccionó causas y argumentos de los teóricos revolucionarios posteriores al Mayo francés, lo mismo los de raigambre maoísta, trotskista, los hijos predilectos de la escuela de Francfort y los desesperados esfuerzos teóricos y políticos de los eurocomunistas.

Paramio emprendió un trabajo que no está del todo concluido: definir con claridad que vive de la tradición marxista y que es lo mucho que debe ser enterrado. Y su disertación se basa en una impresionante revisión de la producción teórica más relevante para la izquierda hasta fines de los 80: Hobsbawm, Barrington Moore, Wallerstein, Althusser, Perry Anderson, E.P. Thompson, Mandel, Gunder Frank, Berlinguer, James O'Connor, M. Aglietta entre muchos más, pasando por otros tantos detractores o críticos de esa tradición: Popper, Merton, Elster o Van Parijs. El trabajo de Paramio poseía un gran valor tan solo por ese esfuerzo de exploración, síntesis y crítica estrictamente teórica. Pero *Tras el diluvio* tenía pretensiones más vastas.

En el libro hay tres ideas vertebrales. La primera: desde los años 70 se estaba (se está) configurando un capitalismo diferente, que basa su crecimiento y expansión en otras ramas económicas, distintas a las que determinaron la acumulación de la posguerra. Esa reestructuración provoca una crisis que no tiene que ver con la demanda, con el subconsumo,

sino que plantea un problema de rentabilidad, de caída en la tasa de ganancia, para decirlo como el viejo Marx. Por lo tanto las recetas no pueden ser las mismas, no pueden ser halladas en las lecciones de historia económica de este siglo. Keynes no es útil para cualquier coyuntura, para cualquier desajuste: había que ir en busca de nuevas respuestas para combatir ese nuevo tipo de crisis.

La segunda idea es tan decisiva como la primera: el socialismo ya no puede ser concebido como un proyecto utópico para escapar del mercado, sino que debe asumirse, en palabras de Rolando Cordera como «un movimiento dentro del capitalismo ... sin pretensiones o ilusiones de fuga a otro modo de producción». No hay atajos: Alec Nove demostró con maestría cómo la ambición de la economía planificada se vuelve un inevitable laberinto, y la experiencia de gobierno socialdemócrata en Suecia mostró que socialismo no es sinónimo de propiedad estatal o nacionalización. Paramio llamaba la atención tempranamente –insisto, antes del derrumbe de la Unión Soviética– que no hay sociedad próspera que pueda organizar su vida material al margen del mercado. Sus leyes y sus valores deben ser incorporados sin resignación ni remordimientos al horizonte de los socialistas. El mensaje era sencillo: una sociedad de mercado puede producir riqueza y equidad con intervenciones adecuadas, puntuales, que susciten un amplio respaldo social.

Y tres: muchos de los principales éxitos de la izquierda en la segunda mitad del siglo xx se deben, en primer lugar, a su liberación de muchas de las ataduras teóricas marxistas. La socialdemocracia sueca, por ejemplo, pudo establecer una hegemonía duradera en su país –de casi 50 años– porque supo liberarse de la hipótesis según la cual el campesinado es una clase «subalterna», no una clase fundamental, una clase que, por tanto, debe sujetarse históricamente a los dictados del proletariado. El SAP, por el contrario, supo articular un consenso entre los intereses agrarios, urbanos y aun con una importante franja empresarial, para construir una Suecia modélica, dueña de una calidad de vida de entre las más altas en Europa, igualitaria, estable, y en el exterior, volcada a la distensión y la paz.

Asimismo las franjas más renuentes de la izquierda tenían que abandonar su desprecio a los procedimientos democráticos e instalar en su práctica, programa, cultura, incluso en sus modales, un compromiso con esa idea y sus procedimientos. La democracia es parte de la modernidad política, o mejor, es la única manera en que una sociedad puede manifestar, reproducir y hacer convivir su modernidad social. Todo lo cual implica la renuncia a preceptos caros de cierta tradición izquierdista,

comenzando por la revolución, la idea de la «toma del poder», la violencia como método, el aplastamiento y la confrontación entre las clases, sustituyéndolas por otro bagaje, venido de la tradición liberal: pluralismo, consenso, elecciones, diálogo y un largo etcétera.

El «sujeto» histórico de Paramio ya no es el proletariado sino un cuerpo social amplio dotado de necesidades y culturas cuya síntesis no se dará naturalmente, sino a través de la política como instrumento de construcción de consensos y entendimientos plurales.

En sociedades como la española o las de América Latina, el orden que puede permitir la convivencia de los muchos intereses sociales es la democracia. El mecanismo que permite su reproducción es el mercado. El instrumento capaz de corregir distorsiones, atropellos y que limita los poderes de facto es el Estado. Y la manera de hacer coincidir y convertir en consensos a la diversidad es la deliberación abierta, informada y tolerante.

Ese cambio no es una opción, no es la decisión acomodaticia de una izquierda resignada sino un ajuste obligado impuesto por la mutación estructural de las sociedades complejas y diversas como han llegado a ser las de América Latina. Para el subcontinente, desde el río Bravo hasta la Patagonia, el problema crucial era y sigue siendo, precisamente ese: la expansión del mercado mundial y de la comunicación global que absorben y tiñen nuestra economía y nuestra cultura. Sus temas primarios son: la internacionalización de los mercados, la crisis del Estado, las culturas en proceso de masificación y las democracias emergentes.

En 2000 esto puede parecer obvio, pero hace 10 años no lo era. El libro de Paramio nos advierte que las visiones válidas, congruentes con esta realidad, no son las que se reclaman únicas, sino las que se hacen cargo de la multiplicidad y la diversidad real: por eso no son útiles ni el neoliberalismo ni el marxismo. Se vuelven necesarias esas visiones eclécticas, más concretas, sin pretensiones holísticas o milenaristas, capaces de mirar cómo la realidad es resultado de múltiples racionalidades que chocan, se articulan, producen y transforman a nuestras sociedades.

En *Tras el diluvio*, el sociólogo español predicó con el ejemplo: estableció un verdadero puente de comunicación entre el pensamiento y la política. No es que haya definido una agenda de acción táctica, sino que situó los problemas, las restricciones y todo aquello que era necesario abandonar para que la izquierda pudiera sintonizarse con el cambio del mundo. A lo largo de todo el texto, el lector —el lector de izquierda en

América Latina— asume otra lección implícita: la política no solo es un problema de denuncia de las injusticias o movilización de masas, no es solamente un asunto de relación de fuerzas. La política es también generación de ideas nuevas y de respuestas amplias y plurales; todo el libro es un esfuerzo para reconocer el terreno en el que se mueve la izquierda, para que esta ya no marchara impulsada solo por su inercia.

El ajuste de cuentas histórico conduce a nuestra izquierda hacia el paradigma de la socialdemocracia. Una conclusión que no hubiera disgustado a otros tantos intelectuales y políticos de izquierda hechos de la misma, crítica maderera: José Aricó en Argentina y Carlos Pereyra en México, por poner solo dos ejemplos. Escrito en una prosa juguetona, *Tras el diluvio* merece ya una cierta reformulación: ante los magros resultados del ajuste económico comandado por las recetas neoliberales y ante la errática reconversión democrática de nuestra izquierda. No fue un éxito editorial (fue un libro que alcanzó solo dos ediciones, una en Madrid y otra en México), lo cual constituye otra mala señal para la izquierda. Sin embargo cualquier latinoamericano puede seguir extrayendo de él lecciones valiosas: en especial esa singular valentía intelectual que lo llevó a desglosar y examinar críticamente nuestras más caras ideas, esas que forjaron identidades, culturas, generaciones completas.

Al comenzar el libro, la divisa de Paramio fue esta: fidelidad a los grandes pensadores, sí, a nuestras identidades, sí, pero sobre todo, fidelidad a la verdad y a los objetivos reales de igualdad y solidaridad. *Tras el diluvio* sigue siendo un referente intelectual y un recordatorio de tareas reales en medio de tantas modas compulsivas. En ese libro, los latinoamericanos de izquierda pueden —podemos— encontrar las explicaciones de muchos de nuestros fracasos y de nuestras derrotas, sin contemplaciones. Es un ejercicio de honestidad intelectual, sin la cual la izquierda ya no podría seguir siéndolo. Al releerlo uno se siente contagiado, orgulloso de sus intuiciones y proposiciones, casi como si fueran mías —contagiado como si yo mereciera la inteligencia que las redactó.

#### Nota

1. Italo Calvino: *Punto y aparte (ensayos sobre literatura y sociedad)*, Tusquets, Barcelona, 1995.